

# Una histeria muy personal

Adal Alom Rodríguez

15 de mayo de 2006



# Introducción

Histeria es sin duda lo mejor de lo que he terminado, quizás porque es lo único que he terminado...

Es la historia de un tipo raro, de esos que tienen ideales y le gusta luchar por las cosas. A los 17 años va a hacer algo que le marcará el resto de su vida. Quizás puedas ayudarlo o quizás él pueda ayudarte a ti, pero ambos sabemos que a ti no te gusta cambiar.

(Ningún animal ha sido maltratado durante la escritura de esta historia).



# Capítulo 1

## El comienzo de la histeria

Salí de mi cama, con mi sigilo habitual. Me di de bruces contra la puta mesilla de noche y traté de salir con la puerta cerrada. Tras estos pequeños contratiempos me dirigí hacia la cocina, me habían dicho que no era bueno cometer un asesinato con el estómago vacío.

Joder, no había nada decente para comer. Me hice un sándwich, no me gustaban pero había que joderse. Un vaso de Coca - Cola y salí. Tras andar caminando cinco minutos hacia la casa del Alcalde di media vuelta, me había olvidado de las chuletas para el perro.

Parecerá mentira que funcione la vieja táctica de darle algo al perro que cuida la casa para que no te dé la coña al entrar, pero lo hizo. Claro que yo había estado yendo a aquella casa todos los días durante el último mes de mi vida para hacerme amigo de aquel perrito. Creo recordar, 30 años más tarde, que se trataba de un Bóxer, pero no estoy seguro. Sólo tengo 47 años, pero mi memoria no es la que era.

Si he de ser sincero, tendré que reconocer que por aquel entonces me había planteado la posibilidad de eliminar al perro, pero deseché esta posibilidad muy pronto. Me dolería más matar al can que a su dueño y siempre me gusto el riesgo, por lo menos en ese tipo de cosas.

Creo que este es un buen momento para aclarar que no pertenecía a ninguna organización, ya que no las veía competentes, sólo actuaba haciendo lo que yo creía que era necesario para que nuestro puto país se deshiciese de esa lacra política que nos había estado gobernado, con todo lo que esto significa, durante los últimos diez años.

Bueno si ustedes ven que me salgo mucho de la historia denme un toque, me pasa muy a menudo.

Pues como les contaba salí de mi casa, con el plan en mi cabeza, no pretendía cometer el crimen perfecto, pero tampoco me apetecía que me pescaran demasiado pronto.

Chuleta en mano me acerqué a la puerta, Max, como desde el primer día llame al perro, se acerco a darme la bienvenida, sabía que iba a ser liberado de su maldito dueño. Me saludó y entablamos una alegre conversación. Hablamos de los viejos tiempos, de la República, del capullo de su dueño y de algunas otras cosas. Me gustaba aquel perro, incluso pensé en llevármelo, pero los dos entendimos que sería una locura.

Salté el muro, casi me caigo de boca pero Max no dijo nada. Aún me pregunto

como un tío tan ‘importante’ como el Alcalde no tenía ninguna alarma. En fin yo nunca cometeré ese error, pero suelo aprovechar esas ocasiones. Una vez en el patio se me vino algo a la cabeza. ¿Cómo cojones voy a entrar? Porque sería mucha casualidad que hubiera una ventana o una puerta abierta.

Tras pegarme un par de golpes en la cabeza me puse a explorar y pensé qué haría Nikita en esta situación. Me puse a caminar, con Max a mi lado, el cabrón se lo estaba pasando bien. Miré el reloj, ¡si sólo era la una de la mañana! Esto me quitó un gran peso de encima y decidí hacer las cosas de una manera original.

Saqué la navaja, la había estado afilando la noche anterior. Busqué un banquito y me senté al lado de la puerta de madera. Puedes creerlo o no, pero me pegue las tres horas siguientes cortando madera para sacar por allí la cerradura. Se me vino a la mente lo que diría la policía cuando viese todo aquello... ‘Estamos ante un profesional, sabía que era una manera silenciosa de entrar’

Me gusta más la palabra mercenario, porque era la primera vez que lo hacía y no pegaba mucho eso de profesional.

A las cuatro y cuarto de la mañana ya había terminado, eso si había roto la navaja y era una pena, porque me traía muchos recuerdos, me la había regalado por Reyes un tío mío, uno de esos que ves poco y que les tienes cariño. Pero... ya me compraría yo otra.

Cuando fui a agarrar la cerradura me di cuenta que no llevaba guantes ni nada para ocultar mis huellas, así que le dije a Max que me hiciera ese favorcito, obviamente se negó. Hijo de puta... Pero bueno se me ocurrió que podría buscar unos guantes de jardinería por allí. Por desgracia un tal Murphy se me adelantó y resultó que todo estaba recogido.

Empezó a entrarme frío, aunque estamos en verano no tenía pelo en la cabeza. Bueno, ni en la cabeza ni en ningún lado, estaba harto de oír como cogían a asesinos porque se les había caído una pestaña en la escena del crimen. Buque un trozo de camiseta que no estuviera sudada y lo arranqué. Con cuidado cogí aquella cerradura y la saqué. Puse la mano en la puerta y ésta se abrió gentilmente invitándome a cometer el crimen.

## Capítulo 2

# Charlas contra un condenado

Subí por las escaleras, aquel jodido cabrón tenía la casa llena de ‘cosas caras’. Quise pensar que se las habría comprado con dinero ganado honradamente, pero mejor dejaba eso un poco de lado, porque mi risa siempre ha sido un poco grave, y no me apetecía despertar al objetivo a las cuatro de la mañana. En el fondo soy una buena persona. Estaba en el segundo piso cuando me pregunte para qué demonios iba a necesitar ese tipo semejante casa, vivía solo, sin hijos. Al llegar al segundo piso supe la razón. Creo que allí había más sujetadores y bragas que en el centro comercial. Por un momento me imagine la orgía... Pero seguí caminando, el tufo a cerveza era demasiado atractivo como para quedarse parado mirando.

Su habitación estaba al final del pasillo, sí, justo donde debería ir el baño, al fondo a la izquierda. Yo no podía imaginar que un cuarto que sólo sirve para dormir y para follar pudiera ser tan grande.

Era como los campamentos romanos de Asterix y Obelix. Sólo que toda la habitación estaba en disposición de la televisión. Debía de ser una Sony de 55 pulgadas, casi una pantalla de cine. A su lado tenía un ordenador sin monitor conectado directamente a la tele, y al lado del cacharro un equipo de música de ensueño. El muy cabrón estaba viviendo mi vida, sobre todo porque todo aquello salía de mi dinero. Pensar que yo le daba el sueldo a ese cretino, con mis impuestos. En fin, aquel desgraciado iba a dejar de cobrar muy pronto. No la había nombrado hasta ahora porque ni siquiera la había visto. ¡Pedazo de cama! Allá lejos, como a unos diez metros de la puerta. Era enorme, probablemente esa cama costaría más que mi casa. Con la poca luz que había en el recinto no se podía apreciar bien, pero la plata de la cabecera era buena, pero el oro de las patas debía de ser mejor. Si me quedaba alguna duda sobre si aquel tipo debía morir se disipó.

Me quite mi pañuelo rojo de la cabeza, nunca me quedó bien del todo, pero siempre quise imitar a Axl Rose, cantante de los míticos Guns n’ Roses. Me sorprendí porque ni si quiera estaba sudado, y además mi pulso era firme. También saqué la pistola, me hubiera gustado más matarle con la navaja, pero no sería muy lógico cortarle a alguien el cuello con un cuchillo totalmente gastado.

Le pegué con la pistola en la cabeza, un golpe sordo y duro, lo suficiente para

dejarlo inconsciente. Lo bajé de la cama, rajé el colchón y saqué un par de metros de alambre. Lo estiré sobre su cama, le amarré el pañuelo en la boca para que no pudiera hablar y me aseguré de que el alambre no le dejara moverse. Imaginé lo divertido que sería que tuviese gripe y no pudiera respirar por la nariz.

Agarré la cerveza que estaba en su mesa de noche, que por el tamaño ya podría ser de billar. Estaba caliente, así que decidí despertar al cerdo. La cerveza se le escurría por encima de su pelo como a una foca le resbala el agua. No sé porqué me vino esa imagen a la mente de los documentales de la 2, con el animalito tratando de romper una concha sobre un piedra colocada en su estomago, porque desde luego no lo iba a matar a pedradas.

Se despertó, por última vez, y sus ojos parecieron salirse de las órbitas cuando vio una pistola apuntándole a la frente.

- ¿No te esperabas esto jodido cabrón?

Creo que no podía contestar, aún así esperé dos minutos para seguir hablando.

- Supongo que ves que estás en desventaja, y como supongo que no eres idiota te quitaré la mordaza, y tu no vas a gritar, porque este aparato que tengo en la mano está cargado.

Antes de quitarle el pañuelo cerré la puerta.

- Ahora vamos a tener unas palabritas, y puede que no te mate, no es seguro pero... Tendrás que intentarlo, ¿no te parece?

- Lo que tu digas... - dijo con una voz muy fina.

- Para empezar me vas a tratar de usted, porque desde luego lo merezco mucho más que tú. Y además me vas a mirar a los ojos todo el puto rato. Aunque no creo que un tipo como tu pueda hacer eso sin mearse en los pantalones.

- (Lágrimas)

Me puse de pie y caminé un poco, apuntándole, no quería que hiciese ninguna locura.

- Supongo que te mereces una explicación, esa será tu última voluntad. Pues la verdad es que te voy a matar porque te considero un enemigo. Sí, soy un jodido rojo, de esos capaces de todo por los demás, lamentablemente para ti, estorbas. Y creo que la mejor manera de ayudar a la gente es acabando contigo. Pero como aún me queda algo de eso que tu llamas escrúpulos, te voy a dejar una hora para que trates de convencerme de que estoy equivocado.

Me acerqué de nuevo.

- No conviertas esto en una perdida de tiempo.

- No, no señor.

- Bien, veo que aprendes deprisa. Dime por qué te debo dejar vivir si tu dejas que cientos de personas mueran en la más absoluta miseria.

- ...

- Te estoy dando una oportunidad, y espero que la aproveches. Sé lo que me espera si te mato, aunque como soy menor de edad probablemente no pase mucho en la cárcel, pero aún así mi vida quedará marcada, y no creas que me sentiré orgulloso de esto.

- ¡No me mates! No quiero morir... La policía te cogerá...

- Habla más bajo. Y qué si me cogen los monos. Con tu mierda de leyes no habrá problema, sólo hace falta un buen abogado. Te repito que trates de convencerme de que no debo matarte porque te quedan 55 minutos. Te lo pondré más fácil, ¿crees en la justicia?

- Sí, sí señor.

- ¿Y crees qué es justo qué tu tengas todo esto mientras, por ejemplo, mi madre muere de cáncer porque no se puede pagar un medico privado?

- Eso no tiene nada que ver, lo que yo, lo que yo tengo me lo he ganado, yo...

- Mal. Yo nunca tuve la oportunidad de ganármelo. Por eso tengo ideales, mientras tu vivías en una casa de muñecas yo vivía en la calle, conociendo los problemas de la gente, ayudándonos mutuamente para sobrevivir. ¿Estudiaste en la Universidad?

- Sí, economía.

- Y tu crees que un inútil como tú, que apenas sabe hablar, que estudia economía es la persona más apta para un cargo político.

- No, no señor.

- Ah, mejor, mejor. Entonces, ¿qué coño haces aquí?

- Pues yo realmente sólo pongo la cara.

- ¡Te he dicho que no quiero matarte! Pero como sigas así no voy a tener más remedio.

- Le prometo que si me deja vivir la ciudad mejorará...

Me di la vuelta, él vio las lágrimas en mis ojos. Disparé. Aunque tenía el silenciador aquel sonido no se ha salido aún de mi cabeza. Nunca entendí como aquel tío desperdició su oportunidad. No me siento orgulloso. Durante un tiempo me senté a su lado. Vi como sus ojos se secaban, me había sobrado media hora y decidí quedarme junto a él.

Ahora tenía que decidir sobre que hacer con mi vida. Esperar allí, tratar de pasar inadvertido, entregarme, usar la otra bala con mi propia cabeza...

Supongo que la decisión era fácil, pero me costó afrontar que debería pasar un tiempo escondiéndome. No sería fácil, pero coño, acabo de matar a un tío porque creo que soy mejor que él, ¿y no voy a poder esconderme de esos inútiles? Salí, con el trozo de camisa en las manos arrojé al muerto, se me ocurrió que podría tener frío. Me reí más a gusto que nunca, una de esas risas bajitas, casi como un susurro...



## Capítulo 3

# Miedo en la mente de un asesino

Salí de aquella casa, que a partir de ahora sería maldita. Allí estaba Max, sentado sobre sus patas traseras, mirándome fijamente a los ojos. Él sabía lo que yo había hecho y me entendía, yo sé que él me entendía. Los perros saben bastante sobre vivir bajo el yugo de sus dueños, de soportar sus caprichos, de no poder rebelarse... Antes de saltar a la calle pensé de nuevo si debía de matar también al chuchó. Realmente me podría reconocer, pero al contrario que de una persona, uno puede confiar en los animales, siempre y cuando se les trate como a un igual.

Por el camino hasta mi casa, no más de dos kilómetros, fui revisando punto por punto mi coartada. No estaba del todo depurada pero no era mala del todo. Había dejado el ordenador conectado, había dejado un mensaje de away en el irc y me había hecho un programa para que actualizara mi web diez minutos más tarde de la hora del asesinato. Me gustaba planear ese tipo de cosas, pensar que se podía hacer para huir de la policía siempre me entretuvo, ahora tendría que aplicarlo.

Aunque pueda parecer muy calculador, de hecho lo soy bastante, solía ser bastante nervioso por aquel entonces, sin embargo me sorprendí cuando después de dejar todo lo relacionado con el ordenador preparado pude dormir un rato. Dormí en paz aquella noche, quizá mi subconsciente sabía que en mucho tiempo no iba a poder dormir, o podría ser que ni yo mismo creyera que iba a terminar matando a aquel tipo.

Lo siento, he vuelto a irme por las ramas, ya les dije que me suele pasarme con frecuencia.

Cuando llegué a mi casa todo estaba en orden, la web actualizada, algún que otro mensaje en el contestador del irc, el móvil encendido, sin mensajes. Me senté delante del ordenador, justo entonces apareció el mensaje: '[05:11] \*\*\* —KirSha— is on IRC'.

—KirSha— era el nick de una tía que estudiaba conmigo por aquel entonces, hace tiempo que no sé nada de ella, era la única persona que estaba conectada a esas horas, lo cual me extrañó porque no suele entrar tan tarde a chatear.

Hablamos un rato, como hacíamos casi cada noche. Contábamos alguna cosa y tratábamos de buscarle algo divertido. En fin creo recordar que se conectó para

decirme que una amiga se había roto un pie. Hablamos un rato, recordando el viaje de fin de curso y nos fuimos. Ella probablemente durmió, yo no. Se me estaba viniendo el mundo encima, había matado al ¡Alcalde!, joder la acababa de cagar. Uno no puede ir por ahí matando a la gente, pensaba yo. Por suerte me relajé y baje a por una coke, esta vez de lata, sabían diferente que las de botella.

Una vez que me hube terminado el refresco lo tiré a la papelera y cerré los ojos. Una y otra vez veía mis ojos llorosos antes de disparar. Me encontraba perdido. En aquel instante pensé que debería entregarme, me rebajarían la condena y sería honrado conmigo mismo. Pero aquello no era posible, había dejado de lado la honradez y me había decantado por la practica. Pensé que aún podría serle útil aquella sociedad que yo tanto odiaba. Tenía motivos para odiar a la gente, porque no soporto que nos hagamos daño los unos a los otros.

Paradójico, ¿no?. Lo estaba diciendo un asesino. En fin, lo hice porque quería evitar un mal mayor, eso era todo.

Me levanté de la silla y fui al baño, estaba irreconocible, así, sin pelo. Supongo que me había transformado, una transformación interior, algo así como madurar. Por suerte estábamos a principios de verano, y eso era una ventaja ya que podía llevar gafas para ocultar mi falta de cabello, y además podía llevar uno de esos gorros que estaban de moda.

Ahora me sentía feliz, calmado, tranquilo... Nadie podría relacionarme con aquel crimen, sólo Max sabía que había sido yo, y era de confianza. Pero... Podría haberme visto algún vecino o quizá aquel cerdo fascista tenía cámaras de seguridad que yo no había visto. ¡Joder! Se me podría haber ocurrido llevar un puto pasamontañas o una media, como los atracadores de bancos. Siempre se me olvidaba algo, pero eran detalles, sólo eso, y sólo servirían para ponerme nervioso en noches como aquella.

Ya sólo me quedaba una duda, ¿Qué hacer mañana?

## Capítulo 4

# Un nuevo amanecer

Pero mañana era hoy. Me levanté pronto, decir que había despertado sería faltar a la realidad, ahora me sentía como si una losa de cien kilos hubiese caído sobre mi espalda. Generalmente me reía de afirmaciones como esa, pero no volvería a hacerlo en mucho tiempo. Pero las cosas se veían de otro modo con la luz del sol entrando por la persiana.

Era muy temprano, pero si mirabas a la luz podías ver las motas de polvo flotando en el aire. Estaba claro, cuando mis padres vinieran de sus vacaciones me echarían la bronca sobre lo sucio que estaba todo, pero sobre todo me preguntarían por mi pelo... Da igual, ya se me ocurriría algo, era yo, nada podía salir mal, ¡Era de día!

Esquivando la ropa sucia que cubría el suelo me dirigí al baño. Me miré en el espejo, y me reí, no me gustaba mi pinta, pero siempre me gustó lo extravagante. Mientras me ponía a hacer posturitas delante del cristal se me vino un asunto a la cabeza.

¿Y si la policía me encontraba? Probablemente investigara sobre mi vida, aunque sólo fuera por rutina, y descubrirían que... ¡Yo siempre he tenido pelo! Tanto sobre la cabeza como en las cejas o en las pestañas... La primera idea fue ir a comprar un crecepelo, pero nunca creí en los productos tele-tienda. Aunque muchas noches pasé delante del televisor viendo esa mierda de anuncios, sólo para reírme un rato.

En este momento crítico recordé como una noche del verano anterior se nos había fundido un televisor viendo esa clase de publicidad. Nunca me olvidaré de algunas frases como:

- 'Si usted tiene forma de pera'. - 'No le costará ni veinte, ni treinta ni cuarenta mil...'. - 'Aquí no hay trampa ni cartón'. - 'Le regalamos una riñonera que flota para llevar las gafas'. - 'Pesco más desde que llevo estas gafas'.

Aquel día me reí mucho, iba con un amigo del irc, DarkAngel, que tenía una imaginación a la altura de la mía. Aquellos eran tiempos felices...

Pero ahora me tocaba pensar lo que iba a hacer. Por lo pronto... ¡Joder! ¡Seré inútil! Me había olvidado de deshacerme del arma... En que coño estaría yo pensando. Ese es el tipo de frases que me gustaba sacar de contexto, pero aquella vez no lo hice. Pensándolo bien, hubiese sido una tontería tirar el arma cerca de la escena del crimen, terminarían por encontrarla. Así que cogí la bicicleta, la pistola, un bote de alcohol y un mechero y me fui lejos.

Hacía un año que tenía aquella Magnum, me acuerdo que la primera vez que

la cogí casi se me cae al suelo. ¡Pesaba un huevo!. Pero como era una especie de feria de antigüedades y de cosas curiosas, y se suponía que el trasto aquel no iba a funcionar la compre sin ningún problema. La estuve arreglando durante un mes, y pude conseguir una bala y un silenciador. Excepto los vendedores nadie sabía que yo la tenía. Por aquel entonces ya me había asegurado de comprar ese tipo de cosas a vendedores extranjeros. Sinceramente, tuve suerte de que aquel trasto disparara y no me estallara en las manos.

Al legar al monte me sentí como un proscrito, de alguna manera lo era. Aquel aire me liberó momentáneamente de la losa que llevaba desde la noche anterior. Me estaba volviendo loco, no había ninguna duda. Paré a tres kilómetros de la zona de recreo, en 'lo más profundo del monte'. Aquella zona me era muy conocida, porque solía ir mucho a leer allí. Amarré la bici a un árbol y empecé a caminar.

Media hora más tarde me paré, me gustaba el lugar. Puse la pistola sobre una piedra mediana. La empapé de alcohol y le prendí fuego. Una vez borradas las huella dactilares procedí a excavar un agujero. Lo bastante profundo como para meter mi brazo hasta el codo. Enterré la piedra y la pistola. Tenía unas ganas locas de meterme yo también y desaparecer un rato, pero no me apetecía volver lleno de tierra a mi casa.

Tapé el agujero como pude y lo disimulé lo mejor que sabía. No era yo un camuflador de pistolas muy entrenado, pero aquello quedó bastante bien, se notaba que la tierra estaba removida, pero con el calor que hacía pronto se pondrá todo del mismo color. Volví corriendo y pedaleé con todas mis ganas hasta mi casa, mis padres me iban a llamar a la hora de comer.

## Capítulo 5

# Pulp Fiction

Llegué a casa, mis padres no habían llamado. Realmente yo no sabía dónde estaban, pero creo recordar que no se iban demasiado lejos. Me acordé de cuando le dije al muerto que mi madre se moría de cáncer, no me gustaba jugar con eso, pero era mentira, no es que me sintiese muy orgulloso, pero daba lo mismo.

Fui a darme una ducha y mientras me secaba me llamaron, sólo preguntas de rigor. Volverían en tres días, suficiente como para tener algo de pelo en el cuerpo, aunque no podría esperar que no se diesen cuenta de que mis pestañas eran mucho más cortas, pero ya no había otra cosa que hacer, sólo esperar. ¡Ja! Yo no me iba a quedar sentado esperando a que me cogiera el policía gordo de turno.

Me puse mis pantalones cortos y salí a la calle, hacia calor, y eso me hacía sentirme mal, me gustaba el frío, el calor siempre me deprimía, aunque... lo más probable fuese que estuviese deprimido porque acababa de matar a ese inútil, la cuestión es que empecé a sentirme mal y por aquel entonces no encontraba una razón. Me conecté a ver si había alguien en el IRC.

No one in your notify list is on IRC. Joder, siempre que uno quiere hablar con alguien no hay nadie. Mandé un sms a una tía de mi clase, pAdmE.êra uno de sus múltiples nicks. Yo estaba medio hecho polvo y me dijo de ir a su casa a ver Pulp Fiction, la peli estaba bien y salí bastante animado (por la peli, no pienses mal). En fin creo que ya estaba preparado para afrontar mi mierda de vida, eran las tres de la mañana cuando salí de su casa y me quedaba un buen pateo hasta llegar a mi casa, por el camino gente cansada de su vida, que en vez de hacer daño a los que se las estaban jodiendo se enganchaban a una botella para joderse aún más su mierda de existencia. Unos pocos pasos más y... unos tíos chutándose. En fin, no le pegaba nada al paisaje, unas casas acojonantes rodeadas de escoria humana. Si no existiesen esos hijos de puta yo no me estaría clavando el mango de la navaja en los cojones, pensé. Pero afortunadamente lo único que hicieron fue que yo eligiera un camino equivocado, lo que resultó tremendamente divertido, para mí, claro.

Supongo que sería que la peli era un poco violenta y que yo odiaba mucho a aquella gente (Atención al fallo que añade un modificador delante de 'odio', es lingüísticamente incorrecto, pero imagino por donde te gusta que pase la lengua) quizás sea que estaba como una puta cabra, por aquel entonces, pero la cuestión es que la ira me llevó al lado oscuro, no pude resistirme, oí el ruidito de uno de aquellos cabrones meando en uno de los solares, hice un rodeo, esperé a

que terminara de mear, no era cuestión de que mientras terminaba con él se le escapara la polla y yo me fuera a mi casa meado por otro.

Aunque hice bastante ruido aquel tipo no se dio cuenta que yo andaba por allí, o quizás pensaría que era otro que iba a mear, no lo sé, pero me acerqué por la espalda, con los ojos inyectados en sangre, pensando como esos jodidos habían robado a tantos colegas, habían roto tantas caras, habían terminado con tantas vidas en la carretera, levanté la navaja, las agujetas del gimnasio se dejaron notar en mi hombro, con mi brazo izquierdo agarré al tío por el pecho, y le raje el cuello. O eso pensaba yo que había hecho, lo que realmente paso fue: NADA. Resulta que mi navaja estaba sin afilar y lo único que le hice fue quemarle la piel un poco y lo que era realmente malo había gritado, ahora habría tres cerdos corriendo para acá. Joder, joder, joder... El tipo se dio la vuelta, acojonado, me vio los ojos y en ese instante supo que yo era un asesino, que él era mi presa y que yo lo odiaba. El patadón en los huevos lo dejó inclinado, ahora tendría que decidir entre terminar con él, salir corriendo, terminar con todos... Bueno, casi al final de la peli se llevaban al John Travolta y al negro que no es Samuel L Jackson a un sótano para joderles, así que... adivina.

Pues no, no hice eso, le di un rodillazo en la cabeza, me lo puse al hombro, salí corriendo tres metros, lo tiré detrás de un muro y haciendo un rodeo fui corriendo a donde estaba el coche de sus colegas. Tenía la música puesta, con lo que las llaves también estarían puestas, así que tomé prestado el coche y lo llevé al otro lado del solar amurallado. Mi madre, chiquitos sudores me estaban entrando, pero bueno, seguí corriendo deseando que el tipo no hubiese recobrado la consciencia, afortunadamente no lo había hecho, así que de nuevo al hombro y de nuevo al coche, pensé en las huellas dactilares del volante, ya se me ocurriría algo.

Lo llevé al lugar dónde enterré la pistola, antes de salir del coche limpié el volante, la palanca de cambios, el freno de mano y todo lo que yo había tocado y pasé sus manos por todos lados, lo senté cerca del árbol más cercano al lugar donde estaba la pistola, luego lo volví a poner de pie, recordé que tendría que hacer algo para disimular de alguna manera el araño del cuello, así que lo acerqué a una rama y le raspé todo el cuello, los brazos y la cara. Después le di un buen golpe en la cabeza con una rama de las gordas y lo dejé caer al suelo, todo esto era un intento de que pareciese que después de quemar la pistola había salido corriendo y se había jodido todo.

Fui al coche cogí dos botellas de vodka y se las hice tragar, tardé bastante, pero lo conseguí. Me acerqué al ex-agujero y al poco tiempo de empezar a excavar me di cuenta de una cosa, así que volví a por el jodido muerto de los cojones, que aunque aún no la había palmado no tardaría mucho, me lo volví a poner sobre los hombros y con cuidado de que no se le saliese el alcohol me puse a hacer de nuevo el agujero con las manos de aquel tipo, que bien me lo estaba pasando.

Saqué la Magnum y se la pasé bastante por las manos. Ahora lo volví a enterrar todo, lo dejé con sus uñas rotas y llenas de tierra y me fui tranquilamente a casa a descansar, el pateo me abrió en apetito.

## Capítulo 6

# La última hora

Llegué a mi calle, apareció mi piso detrás del parque. Sirenas, murmullos, lágrimas... Divisé a mis padres entre la multitud, lloraban. Sus lágrimas me hacían daño, comprendí mi error y caí al suelo, muerto de miedo. Me habían cogido.

Salí corriendo, hacía un lugar mágico, digno de presenciar mi propia muerte, en ese momento sabía que cabos había dejado sin atar, pero eso no importaba un carajo a esa altura de la historia, lo importante era que había reconocido mi error y sentía miedo de mí mismo. Un miedo atroz que no me dejaba respirar, no sudaba, pero temblaba, sentía como el espíritu de dos personas entraban por los poros de mi piel, chillando en mi mente, revolviéndose en mi cabeza, llorando en mi corazón.

Miré al cielo y vi la luna, aquel era un lugar grandioso para contemplar el cielo, estaba dotado de alguna fantástica cualidad que le permitía animarme en los peores días, bajo aquel cielo pasé los mejores años de mi vida, ahora extinta. No era de los que se pasaban horas mirando al infinito, de hecho nunca llegué a ver una sola estrella fugaz, pero aquel lugar era diferente, yo sabía que lo era y eso me bastaba. En aquel lugar me había formado como persona, había aprendido tantas cosas... Tantas veces defendí la vida sobre todo lo demás, tantas veces tuve unos ideales, una manera de ser.

Ahora el cielo me miraba con rabia, había perdido otro ser humano, otra persona, para simplemente convertirme en un hombre, sin más. Caí de rodillas, mis lágrimas empañaban mi vista, veía el cielo borroso y mi sangre quería terminar uniéndose con mis lágrimas, con el cielo.

Saqué la navaja, decir que me corté las venas sería mentir, me las rompí, un grito de dolor viajó por el aire, llegando hasta algún lugar donde se encontraba ella. Quizás fuera telepatía, no lo creo. Hacía tres años que no sabía que era de su vida, pero apareció en aquel momento, justo antes de que cerrara los ojos para siempre, no puedo describir la imagen de su cara acercándose a la mía, de sus labios en contacto con los míos, sólo nos separaban las lágrimas, quizás sólo fuera eso lo que nos había separado siempre. Me guardo esa imagen de dolor, amor y perdón, nunca saldrá de mi interior una sola palabra más sobre aquel encuentro.

Ya no podía verla pero sí que podía sentirla, aún la siento, aquí, donde debería ir mi corazón, porque se quedó en la tierra, no merecía ir conmigo. No podré olvidarla nunca, ya que moriré toda la eternidad, y cuando se me pregunta

que si me arrepiento, por primera vez digo que sí, que estuvo mal, que no lo pensé bien, pero aunque lo siento, aquella mirada y aquel beso merece el dolor que me come por dentro.

# Licencia

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 2.5 Spain License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/> or send a letter to Creative Commons, 543 Howard Street, 5th Floor, San Francisco, California, 94105, USA.